

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

EL
PERIQUILLO SARNIENTO

EL PENSADOR MEXICANO

(J. JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI)



EL

PERIQUILLO SARNIENTO

LA QUIJOTITA

DON CATRÍN DE LA FACHENDA. — NOCHES TRISTES

DÍA ALEGRE. — FÁBULAS

PRÓLOGO DE

D. FRANCISCO SOSA

EDICIÓN DE LUJO

ADORNADA CON LÁMINAS CROMOLITOGRAFIADAS, Y ENRIQUECIDAS SUS PÁGINAS
CON NUMEROSOS GRABADOS

DIBUJOS DE

D. ANTONIO UTRILLO

TOMO II

D

MÉXICO

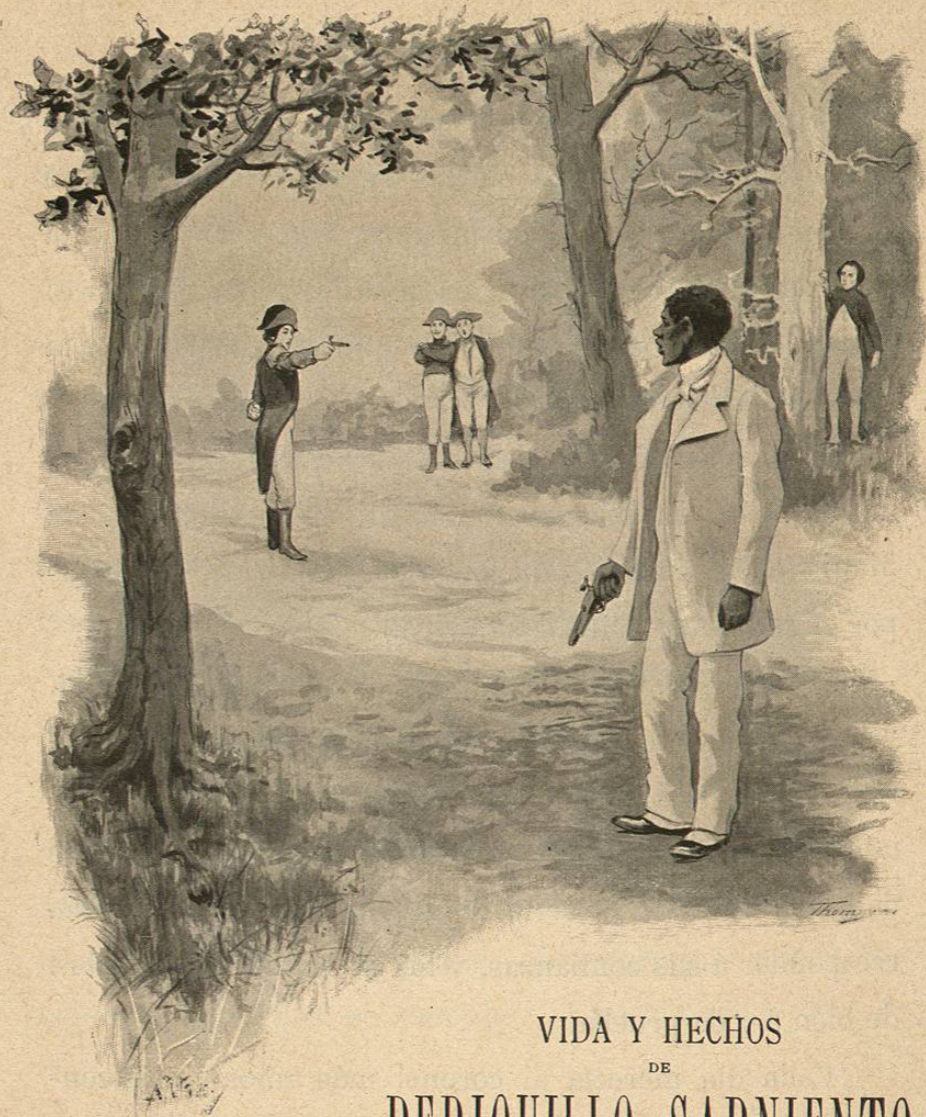
J. Ballescá y Compañía, Sucesor

8, SANTA ISABEL, 8

SANTA TERESA, 8, BARCELONA-GRACIA

1897

ES PROPIEDAD



VIDA Y HECHOS
DE
PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR ÉL
para sus hijos

CAPÍTULO PRIMERO

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila; el duelo entre un inglés y un negro,
y una discusioncilla no despreciable

Experimentamos los hombres unas mutaciones mo-
rales en nosotros mismos, de cuando en cuando, que tal

PERIQUILLO SARNIENTO. — T. II, D. — 1.

vez no acertamos á adivinar su origen, así como en lo físico palpamos muchos efectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica: por eso dijo el poeta que era feliz quien podía conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin más averiguación, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entonces en inculcar su origen.

El caso fué, que ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servicio en la tropa por ocho años, á que me sujetaba mi condena, ó ya por el famoso tratamiento que me daba el coronel, que sería lo más cierto, yo procuré corresponder á sus confianzas, y fuí en Manila un hombre de bien á toda prueba.

Cada día merecía al coronel más amor y más confianza, y tanta llegué á lograr, que yo era el que corría con todos sus intereses y los giraba según quería; pero supe darme tan buenas trazas que, lejos de disiparlos, como se debía esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podía con seguridad.

Mi coronel sabía mis industrias; mas como veía que yo no aprovechaba nada para mí, y antes bien tenía sobre la mesa un libro que hice y titulé: *Cuaderno econó-*

mico donde consta el estado de los haberes de mi amo, se complacía en ello y cacareaba la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sujetos principales de Manila veían el trato que me daba el coronel, la confianza que hacía de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguían y estimaban en más que á un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes era un freno que me contenía para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fué arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fué el siguiente:

Un año, que con ocasión de comercio habían pasado del puerto á la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debía de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraído y en su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encontrón á un oficial inglés que iba cortejando á una criollita principal; pero el encontrón ó atropellamiento fué tan recio, que á no sostenerlo la

manileña va á dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le cayó el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fué bastante la vanidad del oficialito á resistir tamaña pesadumbre, sino que inmediatamente corrió hacia el negro, tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas y quizá creyó que allí llegaba el término de sus días. La señorita y otros que acompañaban al oficial lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa: — Señor, callemos: mañana espero á usted para darle satisfacción con una pistola en el Parque. — El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa ó pareció serenarse.

Yo, que presencié el pasaje y medio entendía algo del inglés, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas y presentándoselas al oficial, le dijo: — Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de usted; el atropellarlo fué una casualidad imprevista; usted se cansó de maltratarme, y aún quería

herirme ó matarme; yo no tenía armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de usted, y conociendo que el emplazarlo á un duelo sería el medio más pronto para detenerlo y dar lugar á que se serenara, lo verifiqué y vine ahora á darle satisfacción con una pistola, como le dije.

— Pues bien, dijo el inglés, despachemos; que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar á un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

— Está bien, dijo el negro; pero sepa usted que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy á este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de usted en morir ó quitar la vida á otro hombre por una bagatela semejante, me parece que, lejos de ser honor, es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero si la satisfacción que he dado á usted no vale nada, y es preciso que sea muriendo ó matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme á morir sin delito, como debe suceder si usted me acierta ó yo le acierto el tiro. Así, pues, sin rehusar el desafío, quede bien el más afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome usted las pistolas: una de ellas está cargada con dos balas y la otra está vacía; barájelas usted, revuél-